



Un Viaje á Villahelada

A ALFONSO REYES.

Desde aquí se miran rojear las techumbres de San Antonio de la Isla, una aldea mísera y polvosa, medio refrescada por un arroyo que riega profusamente arena y piedra pómez en caminos y sembrados. Iglesia roñosa, herbosas calles y flotando en todo el recuerdo de don Fernando Hinojosa—patriarca del poblacho—casi obligando á perpetua mudez á seres y cosas. Por allá, San Andrés del Ocote, con su iglesia de cimborrio alicatado y su árbol viejo y torcido como un candelabro gigantesco de fierro colado, que aún conservara pábilos verdosos de siglos de abandono. Pardo caserío diseminado como una reunión de zarposas gitánillas empeñadas en perennes aleganzas, y hondo silencio de camposanto; acullá, la hacienda del Veladero, de un gachupín que ya está por acriollarse; á la izquierda

el Xinantecatl, blanco y enorme como un bloque de mármol desbastado bruscamente para un busto de la Patria, y abajo, al pie, Tenango de Arista, Villahelada, mi puebluco salubérrimo por cuya gloria daría los latidos de mi corazón.

¡Alabancero tal vez; pero este pueblo esconde goces capaces de abalsamar el geniecillo más alacranado. Don Casildo que lo diga! Por aquellos entonces, luciendo bizarrías y echando gargantadas en ferias y fandangos; ¡á escape por los abajaderos de la vida! Pero tuvo que atollarse de súbito por aquellos grandes, dulces y negros ojos de Doña Isabel Guzmán, única que por el agarbado porte de castellana verdadera no parecía de Villahelada, y él que no anda con zirigañas, torció el almartigón á la juventud fogosa, y fué á caer de rodillas á los piés del señor Cura Don José María Arellano. Pasaron años; ella celosilla y buena, murió; (¡Dios la tenga en su santa gloria!) y él, sufridor y parlanchín, quedó con dos angelitos: uno de bello trigueño, otro rubio y guedejón, y una tía Pascualita—mía también—de manos mágicas para espesos y alimentosos caldillos de gallina, y capaz de economizar el vaho de budineras y sartenes, y el prófugo tufillo de alcaparrones, chorizos almendrados y quesos porosos que lucen bajo tupidas alambreras.

¡Zamarrear á mi puebluco! ¡Vaya, quien abrigue tal pensamiento cochino, y le aseguro—si no es hombrecillo abrutado y

de corazón guijeño—que de vuelta se trae grabadas en el seso aquellas quietas callejuelas en cuyo medio marcha desatentado hilillo de agua cristalina, aquel Santuario de Nuestro Señor de Villahelada, aquellos crepúsculos de oro, aquellos mugidos solemnes de bueyes zapatudos, aquellas risas y colores de las Ortiz y aquellos dulces murmurios del temblón abedular. Y si por acaso se traba de lengua con Don Eulogio Juárez, el más furioso coleccionador de alimañas, malacates, idolillos y noticias para su libro Verde, sus «Efemérides» de 50 años, afirmo que de un tirón se queda en mi puebluco. ¡Se queda y muy que se queda!

¡Y no hablamos de la feria de Agosto, cuando salen las carretas en honor de San Isidro, adornadas con guajolotes disecados, cuyas exangües carúnculas están recién embadurnadas de vermellón, como si los tales pajarracos llevaran colgados del pescuezo los intestinos sangrientos de un pollo; cándidas ovejas, coyotes hipócritas, haces de trigo y panojas resacas, en tanto que los bueyes ayuntados que tiran de las carretas, llevan las uñas plateadas y magestuosamente cabecean!

¡Esto en la calle! Si entramos al cementerio... ¡valgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada!... ¡dan ganas de bailar hasta sin zapatos! Aquellas danzas, aquel tejer y destejer listoncillos plicromos, cantando y bailando en redor de un bastonaje adornado de cascabeles... ¡que

vaya el zullenco lenguaraz!... y ¡vamos! como quien zahuma con espliego un palomar para que se engrían los pichones viajeros... ¡Se queda y muy que se queda!...

¿Dónde tal quietud y paz? ¿Dónde acristianados vecinos como éstos? ¿Dónde pájaros abrialeños semejantes á los que aquí trovan enamorados furiosamente?

¡Y eso que ha cambiado un poquito mi villorrio! Allá, por el 88, la llegada del guayín de Ireneo era un acontecimiento, y el viaje otro acontecimiento más!

¡Ya lo creo! En el pescante Ireneo y el Doctor de piés ajuanetados; en los cuatro asientos interiores, bien Doña Mariquita Arellano y dos bultos con tamales para los sobrinos Eulogio y Margarita; ya Prisciliano, de jaquet, porque siempre le ha dado por adecentarse; Doña Josefa del Hortigón preparando el serrucho de su lengua, ó bien el señor Cura y sus grandes cucuruchos de confites; y á la zagá, un cajón con encargos para la guapa Teresa López Maya, ó bultos de charoles, vaquetas y becerros para «La Invencible Huichapeña.»

—¡Buena tarde tenemos!—exclamaba el señor Cura acomodándose entre las piernas un tompeate con jarros y costillas de puerco de la famosa tienda de Don Jesús Barrera.

—¡Quién sabe, quién sabe!—contestaba Prisciliano torciéndose los bigotes caídos como bruscos chorros de pelos y sopor-

tando en los talones heróicos una caja con *fruta de horno* destinada al cándido y flacuchito Estévez.

—¡Puede que sí!—terciaba Doña Josefa del Hortigón estornudando rabiosamente.

Y ¡jarre! Granizado y ¡jarre! Chupamirto, salía ruidosamente de Toluca el guayín torturador. Y después de hacerse mútuas concesiones para la colocación definitiva de los bultos respectivos, empezaba la conversación tímida y general, y luego concreta y despedazadora de honrillas.

—¡Claro!—decía Veguita, constructor de una perrera en el Cerro del Calvario, metiéndose con el pulgar y el índice dos gramos de mentolina en las narizotas peludas.—¡Clarísimo! Chucho Díaz llegó á Villahelada encueradito. ¡No me cuenten!... ¡Aquí vino á hacer la *roncha*!

La señora Cleras, resoplando y martirizando la gordura de su cuello, afirmaba beatíficamente.

—Dicen que conserva las alpargatas que trajo de Pontevedra! Deben ser para él verdaderas reliquias!

—¡Y la boina!—concluía Teresa López Maya.

Doña Mariquita y su compañera muy bajo discutían acerca de la limpidez de las enaguas aplanchadas de... ¡Ah lengüitas!

A poco los brincos del guayín—arrancadores del empacho, según mis contereños—el olorcillo de los puros de á ocho del señor Cura, el hedor á chamus-

quina de los cueros del carruaje tostados por el sol, y la polvareda que saltando de las ruedas entraba á ahogar á los viajeros, indisponían á la señora Cleras, y todos, cuando menos *in mente*, le volvían la espalda mientras arreglaba sus cuentas con el mareo trastornador.

En el camino polvoroso, ni un caminante; en los barbechos desnudos, ni un pájaro, y en la amarillez del paisaje, muy de trecho en trecho un ranchejo rojizo ó algún pollino alomado cargando con agobio brutal un tercio de rastrojo. El sol radiando como una bola de vidrio que se coloreara con el enfriamiento, y arriba, en la atmósfera dorada, un vuelo de torcos rezumbando como rehiletes de papel.

Primero el arenisco de Santa María Nativitas; después los barrancos y pendientes de Calimaya, y por último, los guijarrales de Santiaguito.

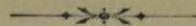
A poco andar, los farolejos amarillentos del alumbrado público, como chispazos de una inmensa bomba que revienta en el rincón obscurísimo que forman el Xuxtepetl y un ramal de la Sierra Madre, anuncian la proximidad de Tenango del Valle, ó Villahelada en la Geografía literaria.

Y ¡cáspita! con el airecillo que parece volver de una excursión al Xinantecatl. ¡Friolentico de veras! ¡Y cómo alarga y difunde el silencio de la noche los ladridos de los perros! Nada, que no se acostumbran!

En el guayín traqueteante todo es allegar cajitas y envoltorios y exhalar suspiros de satisfacción.

¡Al fin llegamos! y al abrir las portezuelas, cada viajero es recibido con abrazos. Aquí, Julianita la de las encías azules, quizás por los cigarrillos de canal y jicara, se deshace en preguntas y atenciones; allí, don Casimiro prodiga frases garapiñadas; acullá, Porfirito Arellano y Ponciano López se disputan las maletas, y momentos después, regando saludos en las tiendas y la botica, desaparecen los viajeros.

¡Qué triste queda el pueblo! ¿A dónde ir? El hotelillo de don Gumersindo medio convida al forzado descanso. Todo es quietud y paz. ¡Todo! ¡todo! ¿Pasear? Si dicen que frecuenta las callejuelas mudas el nahual de huecas uñas como cáscaras de haba! Nada menos que á don Jesús Garduño le salió á media noche y se quedó como al que le arrojan una cubeta de agua fría: tartamudo y temblequeando. ¡A dormir y Santas Pascuas! Nuestro Padre Jesús de Villahelada vela solícito el sueño de sus hijos!....



Almas Extrañas.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

¡Es para sofreir el sol! Pero aún así, gráciles muchachas con avetadas ollas de barro que llevan en burdo cabecil, airosamente acarrear agua, cacheteando el suelo con las chancletas, perfumando brisas con ramos de flores plantadas en las trenzas bituminosas y obligando á dulces admiraciones con andares y trenzas y ojos.

Pero, ¡qué sol! A su soflama, fresnos y menudos sauces, asomándose por cima de monocromos tejados, se caen de sueño; verdes floripondios en flor parecen clarines marmoreos entre glaucos pabellones apeñuscados; mulos y recentales parecen andar herborizando, pues de aquí reseca malva, de allí eneldos y grama, cuidadosamente van comiendo! Por arenosas veredas corren buscando maleza sombrosa, silvestres pajarillos; este á saltos, igual que si tuviera muelles muy elás-

ticos en las corvas, y aquel rápidamente como sobre invisibles ruedecillas. Un avispon estridula; flotan inquietas mariposas como diminutos bergantines de policromo papel; el aire calinoso, los campos amodorridos, y en las chozas de cuartones pardos llenos de ventaduras, perros tumbados negligentemente, quizás oyendo ruidos subterráneos, y gatos que guiñan las pupilas con desesperante fastidio. ¡Qué modorra!

Por vejámenes de rocas el río canta, tórnase blanco, y escurre sobre lajas queriendo arrancarles su negrura; poco más lejos, se aduerme como una vida en tranquilidad serena. Al Oriente un empujón de cerros, y en completa deserción plátanos, cafetos, cañaveras y floripondios. La vía férrea corre como enorme miriápodo y á su vera chozas de tablas muestran su desastrado talante. Ya es una herrería que integra un fuelle como vasto biberón; el yunque oponiendo al tope del martillo anchos cuernos de toro suizo; una terraja, sacos de carbón, pedazos de llanta de carreta, y al frente arbustillos móviles, tulipanes rojos que sacudidos por céfiros parecen fauces de irritadas serpientes, y palmas espinosas que surgiendo de raíz bulbosa simulan flechas en raro carcax. Sobre naranjos, albeantes ropas; en lomeríos, casas que van trepando como atraídas por un prodigio, y arrastrándose y jadeando el arroyo de linfas morenas como la carne del pescado fresco.

¡Y qué firmamento más tornadizo! A poco, negro ya, sopla neblina que parece surgir de tenaz y gigantesco pulverizador, y entonces grillos insomnes vibran como alambres de teléfono que lapidara un pillete; ó bien, sin nubes, alindado por el disco lunar que pasa como disparado por discóbolo invisible y que al fin como ardida metralla cae y abre el boquete amplísimo del pozo disminuyendo su disco por la distancia.

Levantarse muy de madrugada es avigorar cuerpo y espíritu! Por senderos y calles y caminos quebrados y torcidos firmamente, como si el piso de la ciudad se hubiera hundido, chicas joviales discurren con mariposas de listón y flores húmedas sembradas en los rizos. Allá, retozones borcegués bajo túnicos de buratillo; aquí, aplaudidoras chancletas entre ajado percal se saludan y responden! ¡De ojos... la yema! Unos, pestañosos y azules como enormes alelís; otros, brillantes como de ágata. ¡Y qué airoso andar con aljofainas rebosantes de ropa en la cabeza! ¡Salud, oh pucelas!

Vánse poblando patios y calles. La brisa borracha de vino de azalea, convierte frondas en panderos y hace piruetear impetuosamente las camisas que durmieron agarradas del áspero tendalero; un vendedor de leche, de largos bigotes—como chorros de pelos—cabalgando en mulo avacado, va sosteniendo sus botes en figura de faroles colgados del fuste macizo, y

por allá, sobones fogoneros tiznados como demonios vestidos de azul, esperan que salga el sol. En cada puertecilla un adfesio: una perra que amamanta perrillos tan ansiosos que parecen comerle la barriga, ó un zapatero, averrugado y de cabeza hostil como bruza de caballo. De las casonas humosas surgen gallos ridículamente serios, como guardando equilibrio inestable por falta de dos pies más; en montones de búrro chisporrotean moscas metálicas; en troncos y tejas se tienden los lagartos como tijeras oxidadas, en tanto que junto al brocal de un pozo que finge gollete de ollón enterrado, gruesos maquinistas norteamericanos de rostro de bofe, gruñen, farfullan y estornudan como si tuvieran pólipos.

Distintamente óyense los gritos de una viejecita de carrillos papandujos: hipericón, santónica, yerba del golpe, pata de león, lengua de vaca, yerba del cáncer, ratania, yerba de la golondrina!...

*
* *

¡Qué ahogúo reseca el gañote subiendo el camino aquel solitario que baja de lomas empinadas y al que custodian floripondios cansados de aguardar desfile de monarcas, y ven sólo rucios que conducen lajas, legumbres ó agrucha cerveza, y de sábado en sábado—si no quieren achucarse los cielos—alemanes farfallosos y ahidalgados que al parquecillo se dirigen

á oír música pésima disputada por ráfagas violentas. ¡Qué barrizal si llueve! El parquecillo queda desierto y las fluentes canales rompen su cristal sobre las piedras. Con estas lluvias ¡qué floríferos campos y... qué reumas! No sé cómo cubiertos de flojel soportan los pajarillos el frío. ¡Llover y llover y llover!... Agestados que andan los vecinos! ¡Claro! si es mejor encerrarse, aun cuando cueste algún trabajo quitarse la uraña!

Aquí no hay flemudos! Si ascender es penoso, de bajada empujan las calles. Cuestión de costumbre! Aquel costeño, con cinco arrobas en los lomos, subiendo grita como un verraco: jurel, mojarra, huachinango, jorobados y pulpos! ¡Ni jades!... ¡Ni nada!

De calles culminantes la perspectiva es bellísima. Verdeguea el ancho socavón del Valle; limoneros, camelias, floripondios, petunias y acebollados eucáliptos se agrupan ó dispersan; solitarios ejidos dilatan voces y entre arbolados, ranchejos orgullosos de su albura de caliche, parece que fueron bajados de la montaña con gruesos cables que al resbalar dejaron anchas huellas que son las quebrajas.

Enrédanse y se arrastran en los dientes de los cerros nubes blancas, y parece que los cerros son atalayas donde mares remotos chocan y encrespan sus espumas. Un cacto nacido en peñas simula espina vertebral de cíclope; acidulos manzanos en flor, rojean; palomas agreñas embelle-

cen las techumbres, y torvo cacalote afflicto por quién sabe qué infortunios, en la horqueta de un árbol no le calienta ni el sol. ¡Pobre!

El volcán parece giba de dromedario inmenso. Abajo, lavaderos y lavaderos donde agua y muchachas de inquietas caderas parlotean; un caminante de ajedrezado pantalón y rostro flatulento, tres más con visible agrazón en la faz indígena y otro cargando una romana y empujando un cerdo.

Verde todo: bancos de piedra, brocales de pozos, árboles, lomeríos. . . . ¡Qué silencio!

En el llano aquel destinado á que pазca el rebaño, como un cubo de papel está la casa de Doña Secundina; conoce las virtudes mágicas de filipéndula y torvisco. Y para eso de tronar el empacho. . . buena de veras! Llega un chiquillo débil y flaco como una calcomanía, y puesto en cuatro patas, con dos tirones que agarrando el pellejo de la espalda le da Doña Secundina. . . bueno y sano! Que Fulanita palidece por hemorragias terribles. . . . cocimiento de sedas de colores y . . . fresca como amapola! Que Don Perencejo tiene abitera é incontinencia en la orina. . . allí tienen ustedes á Doña Secundina hirviendo en vasto perol, cañaveras, raíz de perejil, barbas de panoja. . . y fuera chiluca, hebras de zarape y cachos de puro! ¡Cachimba! . . .

Almas Errantes.

A MI MAESTRO JUAN B. GARZA.

—¿Que si recuerdo aquellos tiempos? . . . ¡Vaya con la preguntica que se me ha clavado aquí en la frente como si tuviera estoperoles! ¡Pues ya lo creo!

Estaba yo de interno en Trapabana, mi juventud en plena granazón y la vida ofreciéndome garambainas de gloria y de laurel.

El Colegio era vastísimo; con arcadas modernas unos patios, otros con pilastras musgosas y corredores y dormitorios amplísimos y tristonos como los crepúsculos de dulce amarillez.

Y en mi sesera se barajan muchos nombres: Tío buey, un prefecto más bueno que la panetela; Don Agustín González, maestro que puede honrar á su Estado y á su Patria; Canchona, profesor tan sufrido que su clase antojábase una gorrionera, y otro de cuyo nombre me he ol-

vidado, pero que al reírse recordaba los relinchos de un muleto cerril y huérfano.

¡Cuán lejanos esos tiempos! Todo pe-
queñísimo, brillante y remoto como las
estrellas. Allí miré á los truhanes de en-
tonces hoy honrados y á los honrados de
entonces que hoy trascienden á truhanes.

¡Cachimba con la vida! Corre y encum-
bra y despedaza y revuelve como la formi-
dable corriente oculta del Golfo. Y como
fragmentos de paquebote náufrago en la
marea inevitable, flotan algunos nom-
bres de mis amigos: Ballesteros con sus
eternas gazmoñadas; Cruz González con
sus ojillos de santo; Mastache arrabiada-
mente holgazán y pendenciero y capaz de
soltarle una palabrada á Tlahuicole; En-
rique García que abollaba los palanganeros
y Paco Carbajal que con el gordo Guar-
diola echaban los hígados jugando á la
pelota.

¡Señor, el recuerdo es el Santo para-
clete de la vida!

De noche los dormitorios convertíanse
en aulladeros. ¡Ay del intruso que asoma-
ba los hocicos cuando la agónica lampari-
lla de aceite aleteaba como una mariposa
de luz prendida á un alfiler! Volaban los
zapatos buscando su cabeza y broncos grito-
s le aturdían.

¡Fuera el macuache! Fuera el indio!

Salía el intruso y trás alegres risota-
das continuaban Ordorica, Raymundo
García y Morales Molina rasguñando su
viejo bandolón.

A las diez dormían todos. El viento
barbullón sacudía los árboles del jardín
y una paz de convento ahogaba los salo-
nes y los vetustos patios.

En las mañanas friolentas, achubasca-
do ó zafirino el cielo, al toque de campa-
na que llamaba al refectorio, se levanta-
ban todos bruscamente. Chávez se ponía
los zapatos de muñeco en la escalera; el
cochinito Legorreta se arrollaba la toha-
lla en el pescuezo descendiendo á escape,
y Sebastián Vilchis, melenudo como bisonte,
corría como un salvaje.

El comedor era un salonazo muy frío
pintado al oleo y ostentando en los mu-
ros cromolitografías de aves y frutos te-
ratológicos, más ocho mesas toscas, ban-
cos burdos y manteles de hule pringosos.

Una taza de chocolate con recuerdos de
cacao y arrobos de cortadillo, tres pane-
cillos grajeados y un vaso de agua turbia,
esto era el desayuno. Después á remojar-
se la testera y á esperar el sol conva-
lesciente y feúco en la baranda de mohoso
hierro del corredor.

A las ocho principiaban las clases. Unos
á Lógica, otros á Física y así transcurría
la mañana. En la tarde, al salón de gim-
nasia á tumbarse á fantasear bajo las ma-
tas de mirtho azul. Allí contraje mi fa-
miliar urañería; asustadizo como gardu-
ña, mi espíritu se reconcentraba en un
mutismo feroz. Me atraían las voces de
los árboles que farfullaban palabras inin-
teligibles y antojábaseme que las randas

de la espuma de la fuente, alguna mano invisible las estaba enjuagando ó simplemente divirtiéndose con ellas.

Tenía deseos extraños: quería hacerme pequeñito y en el hueco que formaban dos hojas, ó bajo los diminutos paraguas de los hongos, oír qué decían las raíces que iban en pos de frescura como dedos largos y presenciar la lucha de la que surgen retallos.

¡Vida intensa debe ser la de lo pequeño! me decía. Porque... las aves palustres que se duermen al balanceo de las ondas, saben más que los libros que envejecen. ¿De dónde extrae su sangre la henea? ¡qué se yo cuántas cosas pensaba!...

Pero la vida de estudiante me llenaba de tedio inmenso. Las almas pedían libertad, pues el cúmulo de libros didácticos era aplastante. Una estrechez de principios dominaba todo impulso; monotonía terrible estancaba las linfas del entusiasmo y un sopor extraño envolvía el corazón. Soñábamos en las vacaciones próximas, en la casuca paternal perdida en un puebluco de patriarcas, en los toros de cabeza rufa, en las llanuras, en los bosques, en la novia, en los campos llenos de sol y de cantos de cigarras estridulantes.

Me hastiaba todo: el colegio, la vida... todo! De tarde subía al Observatorio y sentado en el basamento de piedra que sostiene la veleta en figura de arquero, hundíame en ensueños infinitos mientras chirriaba rudamente el anemómetro que

dormía arrullándose ó corría desatentado, y el pluviómetro seco mostraba al cielo su embudo de zinc.

¡Que el barómetro perdía la razón y anunciaba borrascas en el Atlántico y ciclones en el Golfo; que la temperatura á la sombra bajaba ó no! ¡qué me interesaba frente á la belleza de las montañas que ondulaban hasta difundirse en lejanías azul de humo; frente á los pueblos en relieve, frente á las casas que trepaban á los cerros!

Que los cúmulus estuvieran á tres mil metros y al Sur, ó que los cirrus á dos mil y al Oeste, me interesaban menos que el Xinantecatl irguiendo su pátera de nieve!

Pasaban las horas por mi frente como brisa muy suave.

Aquí, enormes chimeneas como cañones; allá, eucaliptos espíando sobre tejados monocromos, y encima de aquel hacinamiento infinitos alambres de teléfonos como la red destrozada de un arácnido fabuloso.

El jefe del Observatorio era José Guzmán, un flacuchito talentoso—médico ahora— que sobre sus cartas meteorológicas trazaba eternamente sus curvas isotérmicas. Una tarde, de codos en la cornisa dejábame llevar de las nubes y de los pájaros que se perdían en lontananza. Guzmán dijo de pronto á sus compañeros y subalternos:

—Para hoy hemos anunciado la lluvia

de estrellas errantes que partiendo de las Leónidas se inclinará al Este. Dentro de media hora debemos anotar las exhalaciones que pasen por nuestro campo de observación, es decir, nuestro cuarto de horizonte imaginario.

—Bueno—contestaron.

Y yo, cambiando de posición, sentado en la cornisa, dejé colgar los piés.

Hablamos todos largo rato. Un meteoro rayó el cielo que se escampaba; otro después bajó lentamente como pluma luminosa, apagándose instantáneamente; otro más atravesó como ígneo proyectil, y de pronto una lluvia maravillosa de estrellas, en aspersión violenta, cayó como deshecho haz de espigas de oro. Iba á hablar entusiasmado, cuando me dieron un empujón que me arrojó al vacío desde una altura de quince metros. No podré expresar mi sensación; pero recuerdo que á dos metros de mi punto de partida alguien, que sentí me fué sosteniendo y al depositarme en el suelo, dulcemente, murmuró en mi oído derecho: sé bueno, y en el izquierdo: sé malo.

Corrí buseando la puerta del Colegio y allí encontraronme jadeantes, con el pavor en el rostro mis compañeros que pensaban levantar un cadáver.

—¿Quién me empujó?—pregunté anhelante.

—¡Nadie!—contestaron.

Y me palpaban mudos de asombro de verme sin dolencia.

Cuando conté que me habían bajado cariñosamente y repetí las palabras que oí, quedaron atónitos de espanto.

Y hoy todavía, después de tantos años, me pregunto:

—¿Quién me sostendría y murmuraría á mis oídos aquellas palabras tan raras?

